

Domingo XV durante el año - Lc. 10, 25-37

Hay preguntas que pueden desencadenar procesos que lo cambian todo, si las dejamos movilizar desde dentro aquello que puede parecer inamovible, o sabido, o sin salida ni solución. Como le pasó a este maestro de la ley del evangelio de hoy, que probablemente no imaginó que Jesús le daría vuelta su pregunta sobre *quién es mi prójimo*, para plantearle *el hacerse prójimo*. Esta nueva perspectiva en la pregunta lo cambia todo: no son los otros los que entran o no en mi radar de cariño, atención, servicio, -mis prójimos según determinadas condiciones-, sino cada uno, cada una de nosotros provocados a vivir en clave de proximidad, de proximidad, con todos, sin excepción.

Esta propuesta de Jesús de hacernos prójimos desde la compasión es expresión de su reino: entretener un nosotros que no deje a nadie afuera, que derribe los muros que dividen los de lejos y los de cerca, los de adentro y los de afuera, los que merecen y los que no. Soñar, como nos invitaba Francisco, *“como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana..., cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos”*(FT 8).

Para el entretendido cotidiano de ese **nosotros fraterno** es necesario dedicar algo que siempre decimos “nos falta”: tiempo. El samaritano ve al hombre herido y le dedica tiempo: seguramente tuvo que cambiar sus planes de viaje, modificar su agenda para curarlo, venderlo, subirlo a su montura, atenderlo. ¿Es nuestro tiempo ese regalo tan valioso y tan frágil para *samaritanear* la vida: toda vida, también la nuestra? ¿O más bien vivimos corriendo para terminar las listas interminables de cosas por realizar sin posibilidad de detenernos, mirarnos, sonreír, celebrar, atender, escuchar? Jesús nos propone vivir ese tiempo que es nuestra vida, desde la proximidad que rompe con la indiferencia y la desatención, para tocar amablemente lo que se nos presenta.



Vivir así sólo es posible con otros. El samaritano de la parábola hace todo lo que está a su alcance, pero al momento de retomar su viaje, involucra al posadero en la tarea de cuidado y atención del hombre herido. Así también nosotros necesitamos *“una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante”* (FT 8). En cada uno de nosotros podemos reconocer al herido, vulnerable y caído, así como al sacerdote y al levita ocupados que ven sin detenerse, y al samaritano capaz de compasión. Nos necesitamos para no dejarnos llevar por el desinterés que nos hace ajenos al dolor; nos necesitamos para descubrir la riqueza que nos habita; nos necesitamos para poder hacernos cargo de tantos hermanos y hermanas al borde del camino, que esperan una mano tendida para ayudarlos a ponerse de pie. Sin ellos el tejido de este nosotros estará incompleto y empobrecido, sin el don propio que cada persona aporta en la construcción de la convivencia humana.

Que el Espíritu del Resucitado nos ayude a vivir en clave de nosotros, haciéndonos las preguntas oportunas que nos permitan cargar y encargarnos de la vida, con ternura y compasión, siendo expresión del mandato de Jesús: “ve y haz tú lo mismo”.

Carina Furlotti